

**JUAN BOBO TRABAJA**

Juan Bobo y su mamá vivían en una casita cerca de un río. Como eran pobres, la mamá lavaba la ropa en el río, y su hijo le ayudaba en los trabajos de la casa. Con el dinero que la mamá ganaba, compraban alimentos y alguna ropa.

Un día la mamá de Juan Bobo le dijo que ella no podía seguir lavando ropa.

—Tienes que trabajar para ganar dinero —le dijo—. La semana que viene no tendremos qué comer. Ya gasté todo lo que tenía. Mañana tienes que ir al pueblo a buscar trabajo. Yo esperaré por el dinero que ganes para comprar comida.

Juan Bobo se levantó muy temprano. Tomó un poco de café caliente, se llevó un pedazo de pan que había en la cocina, y se despidió de su mamá.

En el camino, Juan Bobo vio unos camiones que iban hacia el pueblo, y se montó en uno de ellos. Durante el viaje, pensaba lo que haría con el dinero que iba a ganar.



—Compraré una vaca —pensaba—. La vaca me dará becerritos. Cuando los becerritos sean bueyes, los venderé por mucho dinero. Después, compraré gallinas. Haré un gallinero. Las gallinas me darán huevos, los huevos me darán pollitos. Cuando los pollitos sean gallinas, tendrán más huevos. También compraré una cabra. La cabra me dará cabritas. Cuando sean grandes, las venderé y entonces seré rico. Me casaré con una princesa. Viviré en un palacio con torres altas, puentes y lagos. En mi casa habrá comida para todos los pobres. Iré a visitar al rey y le llevaré regalos de mi palacio. Mi mamá será feliz cuando viva en un palacio.



Juan Bobo llegó al pueblo. Pidió trabajo en una fonda. La dueña de la fonda era una mujer buena. Vio al niño mal vestido, y le dio trabajo. Lo alojó en un cuarto ubicado en el sótano de la casa. En el cuarto había una cama pequeña, con una colchoneta y una almohada. Juan Bobo se sentó en la cama, y sintió que era muy blanda.

—No me gusta esta cama —dijo.

Por la noche, Juan Bobo se acostó.

Se sentía incómodo con la blandura de la cama. No podía dormir. Dio muchas vueltas. Por fin, dejó la cama, puso la almohada en el piso y se acostó.



—Aquí hace fresco —decía—. No me gustan las camas blandas. Prefiero dormir en el piso.

Temprano en la mañana, la dueña de la fonda encontró a Juan Bobo dormido en el piso.

—¿Por qué duermes en el piso? —le preguntó—. Es mejor dormir en una cama que en el piso.

—Prefiero dormir en el piso. Yo nunca he tenido una cama blanda como ésta.

Juan Bobo se levantó. Se lavó la cara, y desayunó.

—¡Qué buen desayuno hacen en esta fonda! —decía.

Luego del desayuno, la señora le dio unas alfombras para que las desempolvara.

—Lleva las alfombras al patio —le dijo—. Las azotas con este palo, para desempolvarlas. Quiero que queden muy limpias. Después, puedes ir a jugar.

Juan Bobo cogió las alfombras. Se fue al patio y las enganchó en un cordel de alambre. Agarró el palo y empezó a darles azotes. ¡Pan, pan, pan!, sonaba el palo sobre las alfombras. Las azotaba, mientras cantaba música campesina. Así estuvo durante dos horas, hasta hacerlas pedazos.





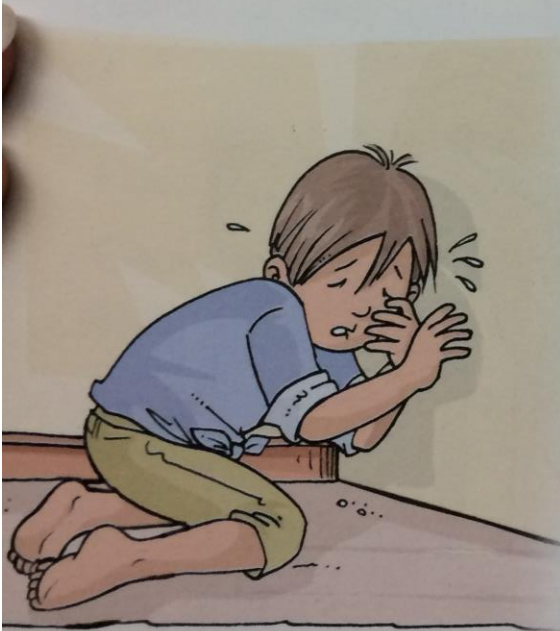
—Puedes traer las alfombras, Juan Bobo —le gritó a lo lejos la dueña de la fonda—. Has trabajado mucho. Eres un niño trabajador. Ahora puedes ir a volar chiringas.

Juan Bobo seguía azotando las alfombras con el palo. Entonces, la señora fue al patio a ver qué ocurría. Allí estaba Juan Bobo, dando azotes a los pedazos de alfombras.

—¿Qué haces, tonto? —le gritó muy molesta.

—Estoy limpiando sus alfombras, señora —le dijo—. Pronto estarán muy limpias. Estas alfombras tienen mucho polvo.

La señora agarró el palo, y llamó a su esposo para que viera lo que Juan Bobo había hecho.



Al notar el gesto de disgusto de la señora, Juan Bobo corrió. Pensó que la señora le iba a dar azotes con el palo. Avergonzado, se escondió en un rincón a llorar.

—Le tienes que enseñar a trabajar —dijo el esposo—. Parece que es medio tonto. Es un pobre muchacho.

Entonces, la señora llamó a Juan Bobo.

—Ve a casa de mi hermana —le dijo—. Dile que me mande las plumas que me prometió para hacer unas almohadas. Ve ligero, porque parece que va a llover.

Media hora después, llegó Juan Bobo con gansos, gallinas y gallos dentro de una canasta. Las aves gritaban y hacían mucho ruido. Todos en la fonda corrieron a ver las aves.

—Aquí están las plumas —dijo Juan Bobo.



Las aves empezaron a escaparse de la canasta. La señora, salió alarmada de la cocina. Se sorprendió, al ver las aves.

—Yo fui a casa de su hermana —dijo Juan Bobo—. Como no había gente, fui al gallinero. Vi estas aves, con plumas muy bonitas, y se las traje.



—¿Qué dirá mi hermana? —dijo la señora—. Tienes que regresar esas aves a su casa.

Y Juan Bobo las llevó de vuelta.

Sucedió que en el camino, se encontró con un señor que llevaba un saco y gritaba: —¡Plumas! ¡Plumas para almohadas!

—¿Cuánto valen las plumas? —preguntó Juan Bobo.

—A dos dólares el saco —respondió el señor.

—No tengo dinero —le dijo Juan Bobo—. ¿Me daría un saco de plumas a cambio de estas aves? Estas aves valen mucho dinero.

—Con mucho gusto —le contestó el señor.

De regreso a la fonda, la señora estuvo muy satisfecha con la gestión de Juan Bobo.

—Ya sabes trabajar —le dijo—. Me alegra saber que eres inteligente.

Juan Bobo puso las plumas en el piso, y se fue a jugar.



Por la noche, vino la hermana de la dueña de la fonda, y le contó acerca de las aves desaparecidas.

—Envié a Juan Bobo a tu casa —le dijo—, a buscar plumas para hacer unas almohadas. En vez de plumas, me trajo tus aves. Luego, le pedí que te las regresara. Volvió con las plumas, ahora no sé cómo, ni dónde las consiguió.

—Cambió las aves por plumas —dijo un sirviente—. Es un joven muy tonto. Ya está cansado de trabajar, y dice que mañana se irá a su casa.

Al otro día, la dueña de la fonda le dio cuatro dólares a Juan Bobo. Los guardó en un bolsillo, y se marchó muy triste. Le dio el dinero a su mamá, pero regresó al pueblo en búsqueda de trabajo.





Fue entonces, cuando llegó a una casa donde había niños jugando. Habló con la dueña, y ella le dio trabajo. Los niños estaban contentos con Juan Bobo. Él les hacía cuentos y los llevaba a pasear. Les hizo el cuento del pavo, el de las cotorras y el del burro músico.

Un día, la dueña de la casa le preguntó a Juan Bobo si él sabía pintar.

—Quiero que me pintes la sala —le dijo.

—Sé pintar muy bien y soy carpintero —respondió Juan Bobo—. Yo pinto mi casa todos los años.

—Pues quiero que me pintes las paredes de la sala —le dijo—. Aquí tienes pintura azul. Lo quiero todo de este color. Voy de tiendas con los niños. Quiero ver todo pintado cuando llegue. Como pago, te compraré un pantalón y un par de zapatos. Así, podrás ir a la fiesta del pueblo.

Juan Bobo empezó a pintar la sala. Pero, pintó también un sarape y dos retratos de los abuelos de la señora que colgaban en las paredes.



Cuando terminó de pintar, se fue a dormir. Al poco rato, la dueña de la casa regresó y notó lo que Juan Bobo había hecho. Se puso furiosa, y lo regañó.

—Usted me dijo que quería todo de un mismo color —dijo Juan Bobo.

Al otro día Juan Bobo fue a llevar a los niños a la escuela. Cuando volvió a la casa, le dijo a la señora que quería ir a la escuela. Quería aprender a leer y a escribir.

—Mañana irás con los niños —le dijo ella.

Al otro día Juan Bobo se puso un traje limpio y se fue a la escuela con los niños.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la maestra a Juan Bobo.

—Juan Bobo —respondió el niño.

Todos los niños se rieron al escuchar el nombre.

La maestra le preguntó a Juan Bobo:

—¿Sabes por qué cae la lluvia?

—Sí —contestó—. Cuando hay mucho viento, las nubes grandes empujan a las pequeñas. Éstas se caen y lloran. El llanto de las nubes pequeñas es la lluvia.





La maestra le preguntó a Juan si sabía leer.

—Sé leer muy bien —contestó—. Tengo libros de cuentos en mi casa. Sé cuentos de hadas, de duendes, de palacios encantados y de peces que hablan.



De inmediato, buscó un libro y comenzó a leer en voz alta:

—Una vez, había una princesa aprisionada. Un príncipe muy valiente la vio llorar. Cogió su espada y le dio la libertad. Cuando llegó la primavera, el príncipe y la princesa se casaron y fueron felices.

—Ese cuento no está en el libro —dijo la maestra.

—Ése es uno de los cuentos que mamá me cuenta de noche cuando me duerme —dijo Juan Bobo.

Todos los niños estaban contentos con Juan Bobo. Les hizo el cuento del niño cartero, el de las calabazas, el de la rana y el de la cigüeña.